

DE LA FRONTERA-MURO A LA FRONTERA ABIERTA HACIA LA COOPERACIÓN Y EL CRECIMIENTO CONJUNTO.

Juan Guillermo Milia

FRONTERAS Y LIMITES

Evolución-Concepto.

Ambos términos no son sinónimos, son semánticamente distintos y han ido sufriendo evoluciones a lo largo de la historia.

El concepto de frontera y el de límite son hechos políticos, como la política es una ciencia, un arte y una actividad evolutiva, esos conceptos que son netamente políticos han sufrido también cambios. En sus comienzos la frontera y el límite expresaban un solo concepto y tenían la connotación de una zona vacía separadora entre pueblos, **no** entre estados.

Desde la iniciación de las industrias líticas de la prehistoria, hasta el afincamiento de los estados sedentarios de Egipto y Babilonia, no existieron fronteras ni límites, ni aún como concepto. Las causas son fáciles de explicar: la escasa población del planeta, las enormes extensiones que separaban a una tribu de otra y el carácter nómada de la mayoría de los pueblos que no se preocuparon por afincarse en un determinado lugar, sino que se trasladaban de unas regiones a otras en busca de zonas mejores para su alimentación y la de su ganado. Con las culturas primarias de Egipto y Babilonia, culturas sedentarias neolíticas que comienzan 5.000 años antes de J.C., aparece recién la primera noción de límite.

Ella nace como consecuencia del desarrollo de las actividades agropecuarias, y más particularmente agrícolas, por parte de los pueblos que componen esta civilización.

La posesión del suelo comienza a adquirir importancia desde el momento en que los hombres se dedican a cultivarlo. Aparece entonces el concepto de propiedad y comienzan a generarse entre los pueblos una serie de conflictos. Primero entre las tribus, luego entre las aldeas y finalmente entre las ciudades por la defensa de sus predios agrícolas. Los pueblos agrícolas necesitaban conocer hasta qué punto les pertenecía el suelo que cultivaban.

El concepto verdadero de frontera aparece con mucha posterioridad, recién cuando los pueblos alcanzan a desarrollar una verdadera cultura y experimentan la necesidad de defenderla contra pueblos marginales "bárbaros".

Los ejemplos más ilustrativos están dados por la construcción de la gran muralla china, en el año 215 antes de J.C., para proteger el celeste imperio contra los ataques frecuentes de los hunos.

En Europa el imperio romano trazó los muy famosos limes, que eran verdaderas marcas, que delimitaban los confines del imperio romano. Los limes tenían un doble papel: el aduanero y el militar; de allí que comienza a evidenciarse la doble connotación de la

frontera como línea separadora y como agente que reviste caracteres económicos y políticos.

En la Edad Media no existió en realidad el concepto de frontera. Las causas que originaron esta circunstancia fueron numerosas, pero una de las principales fue el aniquilamiento de las estructuras estatales, la movilidad de los pueblos y la concepción feudal dominante. Entre las propiedades de los señores feudales, se estableció una convivencia de feudos o propiedades privadas, que de ninguna manera revestían el concepto cabal de Estado.

El concepto moderno de frontera nace como consecuencia del racionalismo y del estatismo francés del siglo XVII.

Después de Napoleón es cuando aquéllas alcanzan la verdadera importancia que actualmente se les asigna o sea el valor de límites fijos y precisos.

El nacionalismo y el imperialismo del siglo XX dieron lugar a la aparición de la frontera científica, con un fundamento de tipo político más señalado.

Este tipo de frontera se caracteriza por establecer, verdaderamente compartimentos estancos entre los distintos Estados.

La concepción nacionalista decimonónica enfatiza en la idea de que la frontera es el órgano periférico estatal inextricablemente unido a la existencia de los Estados nacionales. Es el resultado de una dialéctica histórica que lleva a la creación de una franja defensivo-ofensiva que concentra a las fuerzas enfrentadas de cada Estado. Eran en suma, fronteras para atacar o para defender, pero siempre para separar, preparadas, indefectiblemente, para convertirse en futuros campos de contienda.

La concepción de la frontera-muro para defender y/o atacar se opone a la de la frontera abierta hacia la cooperación y el crecimiento conjunto. Aquélla percibe a la frontera como barrera o muralla divisoria y a los pueblos limítrofes como grupos antagónicos (out-group). Esta concepción histórica mira hacia el pasado y pone énfasis en la idea de seguridad. A partir de los límites formales se instala el territorio mental de los prejuicios y los estereotipos. Es la frontera para separar.

También en América Latina los intereses creados avivaron los nacionalismos para sacar provecho de la división. El proceso histórico de balcanización de los países latinoamericanos, el deterioro de los términos del intercambio internacional, el subdesarrollo, la deuda externa, el colonialismo cultural, la pérdida de la autonomía y la consiguiente consolidación de la dependencia, han obligado a una toma de conciencia de los países del subcontinente. Afortunadamente, ya se ha comprendido que no podrá haber paz ni seguridad sin desarrollo, y éste sin cooperación y crecimiento conjunto.

La grandeza de los pueblos latinoamericanos no es viable en forma aislada o unilateral, sino en conjunto, comunitariamente, con la unidad de fuerza que proporciona la hermandad de destino. Si el sueño bolivariano de la Patria Grande no se concretó, hasta ahora, fue por la acción disociadora y pernicioso de los factores extracontinentales, aliados con sectores retrógrados y transculturizados de las propias comunidades latinoamericanas.

Es prioritario que los gobernantes de América Latina le asignen especial importancia a la integración geopolítica del subcontinente, trazando las bases estratégicas de unidad, tanto en lo jurídico, como en lo político, y no sólo en lo económico.

La unidad de los pueblos latinoamericanos, es requisito ineludible no sólo para su progreso y desarrollo, sino también para el mantenimiento de su identidad histórica y de su destino colectivo, ya que su integración es indispensable para consolidar el proceso de desarrollo de la región.

Quizás, aún no hayamos logrado acomodarnos a la época en que vivimos de los “Estados-continentes”, con sus vastos espacios integrados económica y aun políticamente. Los intentos de integración entre los Estados latinoamericanos, han tropezado con los problemas inherentes a los conceptos de soberanía que se profesaban hace un siglo. Estamos en la era de la interdependencia y seguimos pensando en los términos de las relaciones bilaterales del siglo XIX.

Una concepción actualizada de la frontera en nuestros países latinoamericanos, debe visualizar a aquélla como una puerta abierta hacia la integración con las poblaciones colindantes. Es la frontera para unir, para integrar, para "crecer juntos" con el vecino. La frontera, en Iberoamérica, debe ponerse a tono con las exigencias de nuestra realidad, nuestro tiempo y nuestro destino mancomunado.

Dentro de este contexto, los países latinoamericanos se están moviendo hacia el establecimiento de un nuevo orden, basado en la nueva dinámica de una relación regional transformada.

Ninguna región del mundo puede hoy autoabastecerse totalmente, ni aislarse del resto. En la actualidad todos los países forman parte integral del sistema económico mundial de la "aldea global". No hay sociedad por rica y poderosa que sea, que pueda existir fuera de la comunidad de naciones. Dentro de este contexto, el concepto de cooperación y de unidad, ha cobrado un sentido inédito, tanto desde el punto de vista geopolítico como del económico. Si se eliminan las barreras internas y externas que se oponen al crecimiento regional, Latinoamérica posee el potencial suficiente para convertirse en una importante fuente de estímulo para la economía mundial en el próximo milenio y, podría desempeñar el papel que Europa y el Japón representaron entre 1950 y 1970.

Factores que se oponen al crecimiento regional.

La región ostenta el triste privilegio de poseer la distribución de la renta más desigual del mundo. Ello ha producido un aumento descomunal de la pobreza, llegando a constituir, aproximadamente, la mitad de la población total; de ella más de una quinta parte se encuentra en la indigencia.

La situación descrita, además de constituir una de las causas principales del subdesarrollo, empequeñece los mercados internos, con grave deterioro de su economía, pues las exportaciones que podrían suplir la deficiencia de aquéllos, se hallan relativamente estancadas.

Mientras las naciones industrializadas han incrementado su participación en las exportaciones a nivel mundial, América Latina ha disminuido sensiblemente su intervención en los últimos años. La causa principal que explica dicha caída está dada por su baja capacidad competitiva internacional y, porque sus exportaciones están constituidas fundamentalmente, por productos cuya cotización se halla en baja en el mercado mundial. También, por la falta de reciprocidad en la apertura comercial de los países centrales (que suelen ser los más proteccionistas). Esta situación, ha provocado un fenomenal déficit de la balanza comercial regional, con sólo algunas pocas excepciones.

Uno de los aspectos más preocupantes del comercio exterior latinoamericano y que naturalmente condiciona su expansión, radica en que la mayor parte de las exportaciones regionales están constituidas por productos primarios (66% en promedio), o en el mejor de los casos por manufacturas de escaso valor agregado, derivadas de dicho origen.

Otro de los obstáculos más serios que se oponen a la marcha del desarrollo regional, constituyendo a la vez una pesada carga y una pérdida notoria de su capacidad de autodeterminación, está dado por el aumento vertiginoso de la deuda externa. En 1980, el total adeudado por el conjunto de países latinoamericanos llegaba a los 230.400 millones de dólares, mientras que en 1994, trepó a 533.700 millones, vale decir que sufrió un incremento de más del 130%. Para 1996, la región tiene una perspectiva todavía peor, ya que continúa la senda del endeudamiento pero con un marco económico mucho más adverso en términos de reflujo de capitales y menor crecimiento, desencadenado a partir de la crisis de México de fines de 1994 (el llamado “efecto tequila”). Entre 1994 y 1995, los países que más aumentaron sus deudas externas fueron Colombia (15%) y la Argentina (10,3%), mientras que el promedio general de crecimiento fue del 5,8%.

Para peor, este cuantioso endeudamiento, no ha sido utilizado en la mayoría de los países para la promoción del crecimiento económico o el desarrollo, como sucedió en la Comunidad Europea, por ejemplo. Esto coloca a las economías latinoamericanas, en una peligrosa situación de vulnerabilidad económica y estratégica. Por el contrario, aquélla actuó como una poderosa fuerza de succión, que le arrebató a la región más de 30.000 millones de dólares anuales, sólo en concepto de pago de intereses. Dicha cifra representa el 17,6% del total de exportaciones de bienes y servicios del subcontinente, que fueron a engrosar el bolsillo de los grupos dominantes. Es indispensable hallar fórmulas adecuadas que impidan la continuidad de esta sangría regional, que condena a América Latina al empobrecimiento y al atraso.

Existen numerosos factores que contribuyen a explicar este “nuevo endeudamiento”, que parece no tener fin, que se autorrecicla en un perverso círculo vicioso, realimentado por la concertación de nuevas deudas para pagar los servicios de las anteriores, para concretar las privatizaciones, para financiar el desequilibrio fiscal y el déficit de la balanza comercial, la emigración de los capitales “golondrinas”, etc. Por otra parte, el Brady, tampoco redujo la deuda, en rigor sólo fue un plan de regularización de pagos en beneficio exclusivo de los bancos acreedores.

¿Regionalización, Integración Hemisférica o Globalización?

América Latina se halla frente a un verdadero muestrario de posibilidades: una cooperación Norte/Sur en el contexto regional americano; una cooperación Sur/Sur en el marco latinoamericano, pero también con los demás países en desarrollo; o una apertura hacia el conjunto de los mercados globales.

En rigor, ninguna de estas posibilidades excluye a las otras. Regionalización y globalización pueden coexistir. Todo es cuestión de medida; aunque la experiencia del Sureste asiático muestra que la opción global siempre debe permanecer abierta. (Emerij, 1993: 125-126).

Tal vez la situación se establezca en una combinación de las dos tendencias, ya que cualquiera fuese la conformación definitiva del Nuevo Orden Mundial, todo indica que su componente económico contendrá, inapelablemente, un indiscutible ingrediente liberal y un cierto grado de regionalización, expresada en bloques o espacios preferenciales. El objetivo de estas organizaciones regionales no consistirá en aislarse del resto del mundo, sino más bien establecer una plataforma fuertemente competitiva para, a partir de ella, lanzarse al mercado mundial en condiciones más ventajosas. Así entonces, dice Ondarts, los bloques no se constituirían en un obstáculo para la globalización económica, sino más bien serían un atajo para aquellos países que, como los nuestros, quieran posicionarse más rápido en el mercado mundial. (Ondarts, 1992: 6).

Existe la preocupación de si un regionalismo extremo no podría conducirnos de retorno a las viejas políticas de las fronteras aislantes, en este caso ampliadas a niveles regionales. Esto, sin duda, llevaría a un mundo formado por “fortalezas”, en el que habrá libre comercio dentro de cada bloque, pero elevados obstáculos al comercio entre ellos, en detrimento del multilateralismo y de los países más pobres.

Desde la perspectiva de América Latina y el Caribe, la potencial incorporación al bloque que se articula en derredor de los Estados Unidos (NAFTA), o la búsqueda de otras alternativas, implica adoptar decisiones estratégicas nacionales y del conjunto de enorme trascendencia para el futuro de la región.

En cuanto a los potenciales beneficios comerciales a que darían lugar acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos, puede decirse que en general serían muy reducidos para América Latina. En la mayoría de los casos y con la sola excepción de Brasil, el incremento de las exportaciones no superarían el 10%, según un estudio realizado por el Banco Mundial en 1992.

Además, es dable esperar importantes Asimetrías en la distribución de los beneficios entre los Estados Unidos y América Latina en favor de la superpotencia.

De allí, una vez más, la necesidad de consolidar y profundizar la integración regional para disminuir las asimetrías con la superpotencia y mejorar las condiciones de negociación, como paso previo a la concertación de un TLC con los Estados Unidos.

Por tal razón, creemos, que los países de nuestro subcontinente no deben optar por una sola y excluyente alternativa de inserción mundial. Sus intereses se verán mejor defendidos si se

inclinan por una amplia diversificación de vínculos extracontinentales, que incluyan a los mercados de Europa y Asia.

A modo de cierre

Globalización y apertura, un mundo sin fronteras, no implican necesariamente la uniformidad y la eliminación de las idiosincrasias culturales. Demandan, por el contrario, la diversidad y el pluralismo, como así también la autonomía de decisión suficiente para elegir el propio camino.

La apertura no puede ser una ideología y menos aún elevarse a la categoría de dogma. La integración regional, constituye un excelente camino para las economías latinoamericanas, en estrecha relación con adecuadas políticas de proteccionismo. Se trata, en suma, de una acertada combinación entre libertad de comercio al interior del grupo y un cierto nivel de proteccionismo frente a terceros países para mejorar la competitividad externa, impidiendo que ésta destruya a la incipiente industria local. Sobre esto, el mejor ejemplo lo podemos obtener de los propios países desarrollados, que fueron y son destacados cultores de esta política.

Tampoco es cuestión de tirar al Estado por la ventana, reduciendo o anulando totalmente su injerencia en la evolución económica; éste, necesariamente, debe cumplir un rol relevante en la conducción del proceso de desarrollo. Acá también, el accionar de los países desarrollados, así como el de los tigres asiáticos, constituye un buen espejo donde mirarse.

No es realista ni prudente, por tanto, depositar en el juego espontáneo de las fuerzas del mercado y en los agentes económicos y financieros del exterior la conducción del proceso de desarrollo.

El actual orden mundial, pone innumerables vallas al desarrollo sostenible de Iberoamérica. El proteccionismo, los subsidios y otros instrumentos de intervención en los mercados aplicados por los países industrializados del Norte, tienen un costo elevado para la región. En el campo científico-tecnológico, Estados Unidos y otros países (en especial de la Unión Europea), ejercen una presión desembozada para fortalecer su posición hegemónica en dicho campo.

Si Latinoamérica se subordina a las pretensiones hegemónicas de los centros de poder internacional, las posibilidades de participar en la revolución científico-tecnológica contemporánea son realmente muy difíciles. Hay antecedentes significativos en este proceder de las potencias industriales, en especial en áreas críticas como la investigación aeroespacial, la energía nuclear y la informática.

Frente a la política económica que impone a nuestra región el ultraliberalismo, apoyándose en las desgastadas recetas de los organismos financieros internacionales, que conduce - como se ha visto en el presente trabajo- al estancamiento, retroceso, desempleo y a la pauperización de amplios sectores, debe oponerse la férrea voluntad de integración regional.

Hoy, la liberación no es viable en forma aislada o unilateral, sino en conjunto, comunitariamente, con la unidad de fuerza que proporciona la hermandad de destino.

BIBLIOGRAFÍA

BERNAL MEZA, Raúl, 1994. **América Latina en la economía política mundial**, Bs. Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

BOUZAS, Roberto y LUSTIG, Nora, 1992. Liberación comercial e integración regional. De NAFTA a MERCOSUR, Buenos Aires, FLACSO-Grupo Editor Latinoamericano.

EMERIJ, Louis, 1993. **El enfrentamiento Norte-Sur, un polvorín en el mundo moderno**, Barcelona, Paidós.

"Integración ¿Estrategia o fatalidad?", 1993. Caracas,. Nueva Sociedad, N° 126.

MINSBURG, Naúm y VALLE, Héctor W. (Editores), 1994. **El impacto de la globalización. La encrucijada económica del siglo XXI**, Bs. Aires, Ed. Letra Buena.

MONETA, Carlos J. 1993. **Alternativas de la integración en el contexto de la globalización**. Caracas, Nueva Sociedad. N° 125.

ONDARTS, Guillermo, 1992. **La nueva integración. Integración Latinoamericana**, Bs. Aires, BID-INTAL.

Policy Research Working Papers. 1992, WPS 827, Washington, D.D., Banco Mundial

RAPOPORT, Mario, 1994. **Globalización, integración e identidad nacional**, Bs. Aires, Grupo Editor Latinoamericano.